

Eduardo Labarca

20 de noviembre de 2001

Terroristas chilenos

Los chilenos podemos tener el orgullo negro de que los únicos latinoamericanos detenidos por terrorismo después del atentado de Nueva York sean dos compatriotas nuestros.

El joven publicista Juan Carlos Riquelme San Martín tomó en Miami el 15 de septiembre el vuelo 911 de American Airlines rumbo a Santiago. Cuando se dirigió al baño la azafata le indicó que no podía entrar allí con su mochila, a lo que él chilenuamente contestó:

—¿Sabe una cosa, señorita? Aquí llevo una bomba.

La azafata dio la alarma, el comandante avisó por radio y el avión regresó a Miami escoltado por cazas a reacción. Riquelme está siendo procesado y puede ser condenado a cinco años de cárcel en Estados Unidos por poner en peligro a los pasajeros y tripulantes del avión, además del pago de las costas del juicio y los gastos del cambio de ruta y del vuelo de los cazas, todo lo cual asciende a una suma que lo dejaría endeudado por el resto de su vida.

En la ex Penitenciaría de Santiago quedó detenido el 20 de septiembre el estudiante de arquitectura Ignacio Guerra Pérez, quien protagonizó un incidente al abordar el vuelo 996 de United Airlines con destino a Miami. Como en los controles de embarque le confiscaron una tijera, Guerra discutió con una azafata y habló de una metralleta, lo que motivó una denuncia por la que fue pasado a la Fiscalía Militar. Según Guerra, él se refirió inocentemente a la tijera diciendo:

—Ni que fuera una metralleta.

Los chilenos, campeones mundiales del eufemismo, nos refocilamos calificando las cosas por su contrario. En broma a un gordo lo llamamos “flaquito”, de Einstein afirmamos que era “tremendo tonto” y a una mujer bonita la piropeamos diciéndole “qué fea amaneció hoy”.

En París acompañé hace años a la municipalidad a un amigo que llegaba escapando del desastre de la guerrilla de Neltume, en el Sur de Chile, y no tenía qué comer. Íbamos en busca de la codiciada caja con latas de ravioles, galletas, azúcar y bolsitas de té que nos daban allí cuando estábamos al borde del precipicio. Convertido en intérprete, traduje la entrevista de mi amigo con una funcionaria. Cuando la mujer le preguntó si necesitaba comida, mi famélico amigo, que no dominaba el arte de mendigar, contestó enfáticamente que no. La mujer insistió y él se mantuvo en su orgullosa negativa, con lo cual la funcionaria nos dio la mano y nos dijo *au revoir*. Mi amigo no salía de la sorpresa, pues de acuerdo con un código de dignidad chilena su “no” quería decir “sí”, según la antigua fórmula para hacerse de rogar: “No quiero, no quiero, échemelo al sombrero”.

Una azafata chilena habría comprendido de inmediato que al decirle que llevaba una bomba Riquelme estaba significándole amablemente que no llevaba ni bomba ni armas en la mochila y que Guerra nunca tuvo metralleta alguna.

Lamentablemente, se encontraron con azafatas para quienes una bomba es una bomba, una metralleta es una metralleta y un chileno es un extraterrestre que habla una lengua de otra galaxia.